

**La intervención y las diferentes maneras
de comprender la problemática de la integración**

Los sucesos y cuestiones que hemos trabajado previamente, y que se relacionan con los diferentes escenarios de la intervención, muestran una serie de relaciones que es posible recuperar para profundizar el estudio del área de la intervención en el presente. En principio, esos escenarios reciben singularmente el impacto de diferentes formas de expresión de la crisis, en tanto sumatoria de acontecimientos que se inscriben con rasgos particulares en la denominada "cuestión social". De ahí que sea posible indagar, entre otros aspectos, acerca de estas cuestiones en diferentes espacios microsociales donde se desarrollan la vida cotidiana, las instituciones y las prácticas fundadas en la modernidad.

Como ya fue planteado, la intervención en lo social surgió fuertemente marcada por una tradición normativa, signada por el propósito pedagógico como forma de mantener la cohesión del "todo social". Lo social en términos de intervención remite, entonces, a la idea de "conjuntos de dispositivos de asistencia y de seguros en función de mantener el orden o la cohesión de lo que denominamos

sociedad". En definitiva, la intervención se relaciona con la "problemática de la integración" y, en este sentido, es posible plantearse diferentes caminos de resolución para la integración.

Por un lado, la tradición normativa pone el eje en el orden de la sociedad. Un orden, si se quiere, constituido artificialmente y mantenido a través de dispositivos de disciplinamiento que se aplican mediante prácticas e instituciones. Según Juan Carlos Portantiero, otra posibilidad de reflexionar sobre la problemática de la integración consiste en pensar lo social desde una perspectiva diferente de la del utilitarismo o el positivismo. Estas cuestiones están presentes en los orígenes de la sociología como campo de preocupación, como así también en el "marxismo occidental", a partir de una desmitificación de lo social que generaría propuestas contrarias a las ideas de Kautski, Lenin o Bujarin.

En coincidencia con el malestar frente al optimismo racionalista, la comunidad es la respuesta al mundo fuertemente fragmentado del contrato. Así, la idea de asociación es trocada por la de lazo social o vínculo social. Ferdinand Tönnies plantea la articulación entre comunidad y asociación mediante los lazos sociales, articulación que implica un viraje tanto respecto de la perspectiva conservadora de Comte como respecto de la reivindicativa de la clase obrera proveniente de los escritos de Marx. De esta forma se marca la tensión entre la pareja individuo y progreso generada en la Ilustración y la crítica romántica a esa pareja desde el pensamiento tradicionalista.

Todo este proceso comienza a observarse en el contexto de principios del siglo XX, cuando los nuevos escenarios remiten a las masas urbanas. Max Weber sostiene que las masas deben dejar de ser un objeto pasivo de la administración, mientras que Antonio Gramsci plantea que los grupos sociales, por el solo hecho de unirse, modifican la estructura de la sociedad (Portantiero, 1998).

En la actualidad, estos aportes de los autores clásicos de las ciencias sociales pueden ser útiles para repensar la

sociedad desde la problemática de la integración, marcando un sentido diferenciado a la intervención en lo social.

La intervención en lo social como proceso

La palabra intervención proviene del término latino *intervenio*, que puede traducirse como “venir entre” o “interponerse”. De ahí que “intervención” sea sinónimo de mediación, intersección, ayuda o cooperación y, por otra parte, de intromisión, injerencia, intrusión, coerción o represión. En definitiva, en todo proceso de intervención en lo social podemos, en la mayoría de los casos, encontrarlos con ambas caras de una “misma moneda”. En otras palabras, al ser la intervención un espacio, momento o lugar artificialmente constituido como acción, desprenderla de una de las “caras de la moneda”, separarla de esa cesión “hobessiana” de soberanía, implicará cierta dificultad, sobre todo si tenemos en cuenta sus aspectos fundacionales.

Reconocer lo artificial de la intervención implica básicamente tender a su desnaturalización, entenderla como dispositivo que se entromete en un espacio, en tanto existe una demanda hacia ella. De ahí que la demanda sea el acto fundador de la intervención. En este aspecto, la demanda proviene de los sujetos que acuden a las instituciones, los organismos, etcétera. Pero, también, la demanda es generada desde las instituciones, la agenda de políticas públicas, los medios de comunicación, etcétera; en definitiva, de la visión de “problema social” que una sociedad tiene.

En efecto, la intervención en lo social implica una dirección definida desde la demanda o desde su construcción, en relación con la denominada “cuestión social”. Por otra parte, la intervención implica la existencia de una autoridad: quien interviene lo hace porque está legitimado a partir del reconocimiento del ejercicio de un derecho, o porque hay un estatuto que reglamenta su gestión, de

modo que la intervención se estaría autorizando a sí misma, a partir de un *status* legal constituido.

La intervención también implica la elucidación de los datos complejos de una situación o acontecimiento, en cuanto aproximación desde un marco comprensivo explicativo de esa situación o, sencillamente, en cuanto búsqueda de una secuencia lógica que dé sentido a lo que se presenta como demanda y a su vez plantee la posibilidad de respuesta a partir de determinados dispositivos para la acción. En otras palabras, intervenir implica la construcción de una lógica del acontecimiento fundante de la demanda desde cierto marco teórico o campo de saber.

En este sentido, la intervención desencadena una serie de expectativas y consecuencias fuertemente ligadas a la construcción simbólica y a las representaciones de quien está interviniendo. De esta forma, una modalidad de intervención se vincula a un determinado marco conceptual que, ligado a una serie de aportes teóricos y empíricos relacionados con el contexto, genera "formas típicas" de intervención.

En un trabajo de investigación realizado en la Universidad Nacional de La Plata se desarrolla la posibilidad de aplicación de la noción de *modelo* para lograr una aproximación más exacta a las formas de intervención:

Una forma posible de estudio y análisis de las prácticas que actúan dentro del campo de la salud es a través de la utilización de la noción de *modelo*. Desde esta perspectiva podrían abordarse tanto los fundamentos epistemológicos de las mismas, como así también las distintas maneras de intervención profesional, en diferentes contextos y en distintos momentos históricos (Barberena y otros, 1998).

En definitiva, la intervención es un procedimiento que actúa y hace actuar, que produce expectativas y consecuencias. Así, la intervención implica una inscripción en ese "otro" sobre el cual se interviene, quien a su vez genera una "marca" en la institución, donde desencadena una serie de dispositivos e instrumentos.

Estas características de la intervención implican algunos interrogantes. En principio, desde una visión foucaultiana, las preguntas girarían alrededor de quién tiene poder para impulsar la intervención, o, desde otra perspectiva, quién paga la intervención o a quién ambos (profesional y sujeto de la intervención) deben rendir cuentas.

La intervención implica un contrato, en la medida en que determina con precisión un conjunto de reglas prácticas relacionadas con ella. De ahí que sea un proceso fuertemente atravesado por las cuestiones anteriormente mencionadas.

Pero, en definitiva, ¿qué debe hacerse desde la intervención, en especial desde las expectativas sociales que genera? La intervención supone alguna forma de búsqueda de respuestas a interrogantes eminentemente sociales; por lo tanto, debería producir modificaciones en relación con la cuestión puntual en que es llamada a actuar; así, aparece una vez más la delimitación de un territorio, el espacio o lugar de la cuestión social. En este aspecto, la noción de *territorio* que plantea Michel Foucault puede ser útil, en cuanto demarcación política: "Territorio es sin duda una noción geográfica, pero es en primer lugar una noción jurídico-política: lo que es controlado por un cierto tipo de poder" (Foucault, 1980).

De esta forma, el lugar de la intervención se transforma en territorio, es decir, un espacio jurídico, *que habla de la legitimidad de la intervención*, y político, *que marca la "agenda" donde se construyen diferentes aspectos de la cuestión social*.

La intervención desde una perspectiva asentada en el concepto de *comunidad*

En principio, y retomando la visión cercana a la noción de *comunidad*, la intervención se apoya en una serie de cuestiones que es necesario precisar. La primera de ellas remite a lo social, construcción que puede presentarse

como discursiva y que genera sujetos de conocimiento. En términos de cotidianidad, lo social se construye a partir de imaginarios sociales, de representaciones, que generan diferentes impactos en la singularidad de cada grupo, barrio o sujeto. Desde la perspectiva de los imaginarios sociales, imaginario no es solo "imagen de", sino una creación incesante, indeterminada porque es atravesada por lo psicológico, lo social y lo histórico que, en definitiva, impacta en el orden de lo real.

A su vez, la noción de *representación* se relaciona con un conjunto de conceptos, percepciones, significados y actitudes que los individuos de un grupo comparten en relación con ellos mismos y con los fenómenos del mundo que los circunda. A su vez, esas representaciones se resignifican en una serie de espacios microsociales que tienen como común denominador a la vida cotidiana.

Por otra parte, la visión de lo social como algo constituido de la vida cotidiana exige considerar la construcción de intercambios y reciprocidades en un grupo, familia, barrio, etcétera. Así, se intenta comprender y explicar lo social desde la singularidad, centralizando la mirada en los propios actores.

Desde esta perspectiva, la vida social se organiza en términos de símbolos, que adquieren significado según la representación de quienes construyen y recrean el mundo en que viven, el que a su vez está condicionado por influencias macrosociales que se resignificarán dentro del orden de lo real, en términos lacanianos.

Más cercanos a la fenomenología de Edmund Husserl y de Alfred Schütz, la "acción" sería la unidad de la sociedad. La acción se centra en el análisis y la experiencia personal de los individuos. De esta forma, la "verdad" de la vida social se encuentra en la subjetividad de sus participantes.

Perspectivas filosóficas como las mencionadas revelan la necesidad de aproximarse a la subjetividad de ese "otro" que se presenta en el territorio de la intervención, mediante interrogantes que van desde cómo construye su

mundo a cómo le da sentido, pasando por cómo lo explica. Es posible, entonces, acceder a una "explicación" de la vida social ubicada en último término en las experiencias vividas por el individuo. Pero la experiencia social resulta ser, en definitiva, comunitaria.

Por su parte, lo simbólico impacta en la esfera del sujeto desde una forma particular en el orden de lo real. En este aspecto, esa relación entre lo simbólico y lo real puede entenderse de dos maneras diferentes: a partir de una concepción aristotélica, y en este juego se capta el *eidos* o esencia, o desde una visión positivista, mediante la cual se capta la totalidad objetiva a partir de la memoria. Así, la "reducción eidética" permite la reconstrucción del mundo de la experiencia, en tanto elementos, "capas" de sentido, generación de sentido, horizontes de sentido espaciales, temporales y temáticos (Waldenfels, 1997).

Desde la búsqueda de acceso a la subjetividad, lo que resulta de ese juego de articulación entre los órdenes de las representaciones, lo real y lo simbólico, es lo que se denomina "registro", y este se vincula a imágenes anteriores que son retomadas, asimiladas y resignificadas. En definitiva, se encuentra en relación con un complejo de imágenes que preceden y dan forma a una nueva impresión. Las simbolizaciones se van creando a través de las mediaciones entre sujetos, en un espacio-tiempo compartido. Lo social implica una comunidad que existe y se recrea a través de símbolos mutuos. Así (especialmente a partir de las formulaciones de Alfred Schütz), es posible pensar la constitución de la intersubjetividad. Diversos autores recibieron influencias del pensamiento fenomenológico: Merleau-Ponty, Sartre, Ricoeur o Derrida; todos ellos ponderan lo subjetivo. En definitiva, la experiencia social se construye en gran parte según este juego, de modo que la conciencia humana presupone la realidad y existencia de otros. Las experiencias de las personas están mediatizadas por los modos de pensar y sentir, que se transmiten a través de los lazos sociales.

La intervención, planteada desde este lugar, implica una necesaria búsqueda de significados en las instituciones, acciones, imágenes, expresiones, acontecimientos que en definitiva construyen lo cotidiano. Acontecimientos que de alguna manera se inscriben en un texto: así, el barrio, la vivienda, la institución, etcétera, se nos presentan como textos a develar e interpretar; textos que en definitiva remiten a un "orden gramatical", fuertemente marcado por la singularidad de quienes escriben y reescriben las diferentes inscripciones.

La importancia del vínculo entre representaciones y cotidianidad implica una necesaria mirada a la relación entre las ciencias sociales y la subjetividad.

Desde los inicios de la modernidad, la separación entre *individuo* y *sociedad* marcó toda una serie de controversias de tipo epistemológico. Individuo y sociedad fueron históricamente presentados como pares antinómicos. Luego, sobre todo a partir del siglo XX, se intentaron construir innumerables puentes, relaciones e interacciones entre ambos. Uno de estos intentos es el que llevó adelante, por ejemplo, la psicología social.

En la modernidad, el individuo era presentado como lo "interno" y la sociedad como lo "externo". En principio, la noción de *subjetividad*, dentro del campo de las ciencias sociales, implica la no separación de ambas instancias. Pero lo subjetivo, la subjetividad, no se pueden pensar en términos universales. Una vía posible de acceso a la subjetividad pasa, en principio, por el camino de la singularidad. Desde una perspectiva si se quiere metodológica, es necesario particularizar aquello que ha soportado años de universalización. De modo que esta mirada conlleva, por un lado, la elucidación crítica de una serie de nociones que intentarían "desencionalizar" lo social cotidiano, y, por otro, surge la necesidad de trabajar la dimensión sociohistórica de la subjetividad.

Desde la perspectiva de la desencionalización, este camino implicaría des-encubrir aquello que una homogeneidad

artificialmente constituida elaboró u ocultó. En esta línea de trabajo, es posible hallar valiosos aportes en los textos de Castoriadis sobre la "elucidación crítica", en la visión de la desconstrucción de Derrida y en el análisis genealógico que propone Michel Foucault. La dimensión sociohistórica del sujeto implica, por su parte, la búsqueda de criterios multirreferenciales que permiten pensar de otro modo la separación artificial entre individuo y sociedad.

En definitiva, los sujetos construyen su identidad en un juego de articulación de los órdenes imaginario, simbólico y real. En estas condiciones es posible pensar la denominada intersubjetividad o las diversas manifestaciones del padecimiento subjetivo asociadas al atravesamiento de lo real, lo que se presenta como demanda casi constante hacia la intervención en lo social.

A su vez, la identidad del sujeto se constituye en un espacio-tiempo donde lo singular se encuentra con lo colectivo, con lo histórico, con los otros. El horizonte de la intervención en lo social, en relación con la problemática de la integración, está fuertemente ligado a la identidad, vinculada a su vez a formas de entender y explicar la historia y la cultura.

A partir de que la sociedad "construye" problemas sociales, el sujeto de la intervención mediatiza esa construcción en su vida cotidiana, según un marco comprensivo explicativo que le dará forma a su padecimiento. Pero es justamente en esa cotidianidad donde se construyen los significados atravesados por elementos del orden de lo real y de lo simbólico enmarcados en micro y macrodiscursos que atraviesan la intervención, que, en este sentido, implica un proceso de análisis que intenta comprender y explicar esas articulaciones. Esa vida cotidiana se encuentra estructurada en diferentes aspectos y visiones y de alguna manera enmarca la intervención en lo social, por eso resulta necesario comprender y explicar los aspectos significativos de la vida social, e intervenir buscando transformaciones, en suma, construyendo la

visión particular del acontecimiento que convoca a la intervención.

Desde este punto de vista, es preciso definir y abordar la noción de *identidad*, ya que la intervención en lo social se liga a la idea de *comunidad*. En definitiva, la dirección de la intervención se orienta hacia la cuestión de la identidad como un elemento articulador de la problemática de la integración. Así, la identidad desde una perspectiva social se expresa en forma contextual, o sea, se inscribe en un escenario que tiene una serie de connotaciones: es territorial, lingüística, familiar, histórica, religiosa, etcétera. La identidad se construye en la interacción, en la influencia mutua, en el espacio de la vida cotidiana; se elabora dentro de un "sistema" de símbolos. Por eso se relaciona con una serie de significaciones que abarcan el trabajo, la vivienda, la salud, etcétera. Así también se crea una posición o mirada en relación con las necesidades sociales y su impacto en la cotidianidad.

La vida cotidiana implica relaciones informales que se establecen entre vecinos, amigos, parientes, con el objeto de construir intercambios y reciprocidades. Por ejemplo, en los trabajos de E. Goffman, la mirada puesta en la vida cotidiana se apoya en la importancia de las interacciones que se constituyen en este ámbito. Los trabajos de este autor intentan describir las reglas que en diferentes épocas controlan las interacciones de la vida cotidiana. A su vez, esta puede ser entendida desde las significaciones (Geertz, 1994), como procesos de producción y reproducción del orden vigente (Agnes Heller) o como cultura de presentación en los trabajos (Goffman). En definitiva, se trata de relaciones informales que se construyen en la interacción diaria, y justamente es dentro del universo de lo simbólico donde estas relaciones adquieren significación.

Esas relaciones son vehículos de intercambios simbólicos, los cuales comprenden la disponibilidad efectiva del otro, la recreación del vínculo, el sustento de la pertenencia, el fortalecimiento de la identidad, la reconstrucción

de interacciones, el rearmado de relaciones, la memoria, etcétera.

Así, la intervención se construye desde la producción y reproducción cotidiana de la vida social, explicitada a través de múltiples expresiones de la cuestión social. Para una intervención que se orienta a una visión de lo social desde la perspectiva comunitaria, el acceso a la singularidad implica una mirada hacia los lazos sociales como elementos fundantes de esta.

Algunos aportes hacia los procedimientos de la intervención desde diferentes campos de saber

En la intervención en lo social, lo que sobresale es la presencia de relatos. Es decir, la intervención implica analizar relatos, que se recortan dentro de lo que se denomina "cuestión social" y poseen una faz material y una simbólica que se constituyen de manera histórico-social, como forma de expresión de diferentes actores sociales.

Esos relatos forman parte del núcleo significativo de los sujetos que demandan intervención. A su vez, los relatos atañen a la construcción real y simbólica de aquello que es presentado como problema. Según C. Geertz, los relatos portan en sí mismos las claves para su interpretación.

Los relatos están mediados en la intervención por diferentes instrumentos, así como también por distintas categorías de análisis. Esa construcción de los sujetos que recurren a la intervención implica ciertas cuestiones que es necesario demarcar. En principio, que desde la intervención se interpretan situaciones, se captan las motivaciones y las intenciones de los demás, se logran entendimientos intersubjetivos, a veces se actúa coordinadamente y dentro de un universo social.

Estos intentos de aproximación a lo subjetivo posibilitan la recuperación de determinadas categorías de análisis.

sis provenientes de las ciencias sociales. Tal es el caso del pensamiento de Max Weber, que puede ser útil desde una perspectiva metodológica porque permite pensar la construcción de categorías de análisis y la dirección en que se realizará la intervención. Como antecedente, la escuela historicista alemana realiza algunos aportes, entre los cuales cabe destacar el planteo de Dilthey sobre la diferencia entre las ciencias histórico-sociales y las de la naturaleza: las primeras se relacionan con un objeto que les es propio y las segundas, con un objeto que les es externo. En este marco surgen las nociones de *erleben* (expresión) y *verstehen* (comprensión). Se plantea, entonces, la posibilidad de construcción de categorías dentro de las ciencias histórico-sociales, traduciendo en términos abstractos las formas estructurales de la vida. Las categorías, según las concibe Dilthey, tienen valor, significado y fin; desde una manifestación determinada por la historia llegan hasta el espíritu de los hombres que las elaboraron. De ahí que *verstehen* implica introspección. Por otra parte, las ciencias naturales expresan una relación de causa-efecto que permite construir un sistema de leyes universales desde la explicación. En síntesis, el aporte del pensamiento de Dilthey implica una relación de comprensión (*verstehen*), en tanto conexión, de la Historia y las Ciencias Sociales.

Para Dilthey, comprensión y explicación se presentan como pares antitéticos. Weber, influido en parte por el historicismo y el romanticismo, tratará de articular y unificar los dos conceptos. Desde la noción de racionalidad, tratará de investigar conexiones de sentido tomando como base la racionalidad con acuerdo a fines.

Los aportes metodológicos de Max Weber en relación con la intervención en lo social facilitan la definición del análisis, la construcción de planos de análisis que integren la comprensión y la explicación, la incorporación de la racionalidad y el logro de la autonomía de las ciencias sociales.

Para Weber, explicación y comprensión no son contradictorias. La explicación es una parte, un momento

del análisis, no un fin en sí misma, y requiere la contrastación empírica, que implica la existencia de una cadena causal que puede estar presente o no. Por otra parte, la comprensión implica un acceso a la singularidad, en tanto incorpora la racionalidad propia de cada individuo. Es en este juego de comprensión y explicación donde surge la "imputación de sentidos". Desde las conocidas conceptualizaciones de Weber que apuntan a la idea de que los hombres, para vivir, necesitan imputar sentidos a lo que hacen y que solamente algunos aspectos de los fenómenos individuales son dignos de ser conocidos y solo ellos son objeto de explicación causal, es posible pensar en la construcción de categorías de análisis, no solo para entender lo social o describirlo, sino para repensar la intervención. En este proceso emerge la idea de *uniformidades aisladas* dentro de la multitud, que abre paso a la noción de los *tipos ideales* que intentan constituir uniformidades típicas que se aproximan a los conceptos o, en definitiva, hipótesis interpretativas con una posible validación empírica: se pretende dar cuenta, en un plano individual, de los acontecimientos histórico-sociales, acceder a lo macrosocial desde lo micro, en definitiva, desde la palabra del otro.

Algunas cuestiones instrumentales

El pensamiento de Weber plantea la necesidad de distinguir las determinaciones de lo histórico en lo individual y lo digno de ser conocido. A su vez, también plantea la necesidad de encontrar las causas significativas que permiten recortar el fenómeno que podrá ser tanto explicado como comprendido (por ejemplo, la relación entre las manifestaciones macrosociales de la violencia, su expresión en lo urbano y su posible intromisión en la vida doméstica). De esto se sigue, entonces, que desde las dos últimas formas de expresión se pueden presentar demandas de intervención en lo social, lo que implica una necesaria

aproximación a los componentes del acontecimiento que se intenta comprender y la construcción de una "lógica del acontecimiento" que generó la demanda. La aproximación a la intervención, desde esta perspectiva, implica un proceso que a simple vista puede ser percibido como de individualización, cuando en realidad es un intento de aproximación a lo macrosocial desde los espacios micro-sociales.

Desde la perspectiva de los tipos ideales de Max Weber, la explicación de la esfera de lo individual presupone un saber nomológico, un conjunto de uniformidades típicas que expresan un comportamiento que puede ser comprobado desde lo empírico. Estas pueden ser elaboradas en forma similar a los conceptos a través de procedimientos de abstracción; de ahí que el resultado sea un "tipo ideal". Este "tipo ideal" se constituye a partir de aquellas uniformidades de la conducta de los hombres que están cargadas de sentido. Esas pequeñas uniformidades, empíricamente comprobables, se expresan en los tipos ideales, de modo que la comprensión (*verstehen*) puede ser útil para analizar y estudiar la conducta como "acción social".

Según Weber, la "acción social" se construye en la medida en que se encuentre subjetivamente relacionada de modo intencional con el comportamiento de otros.

Hablamos de acción comunitaria cuando la acción humana está relacionada, de una manera subjetiva dotada de sentido, con las actitudes de otros seres humanos [...]. Una acción racional ligada a un fin está orientada con base en expectativas. Las expectativas de una actitud dada de otros seres humanos, aparte de aquel que está actuando de una manera subjetivamente racional, puede estar basada en el hecho de que esa persona espera de ellos una actitud dotada de significado, con varios niveles de posibilidades (Weber, 1986).

Weber insiste en que en la sociedad existen fundamentalmente los individuos y los significados, entendidos en un sentido puramente subjetivo, significados que los indi-

viduos atribuyen a sus acciones y a las de otros, con quienes interactúan.

Para Weber, lo social no tiene existencia por sí misma; solo existen los individuos, en tanto sujetos.

Consecuentemente, para la sociología comprensiva el punto de partida son las representaciones de los actores que no remiten a otra cosa y, como resultado, son en principio perfectamente "transparentes". Esta transparencia está muy bien ejemplificada por la racionalidad de fines (*Zweckrationalität*), cuyo perfecto ejemplo es el mercado. Aquí no es necesario recurrir a las representaciones colectivas, significados extra-individuales o presiones normativas. Todo lo que se requiere es el cálculo racional de costo y beneficio. En resumen, la acción racional con un fin propuesto es el modo de acción del *homo oeconomicus*, que no puede evitar el ser perfectamente transparente porque sus razones, aunque subjetivas, son perfectamente comprensibles para cualquier observador externo. Aquí, libertad, racionalidad y transparencia están inextricablemente ligadas (Pellicani, 1995).

En síntesis, desde el pensamiento de Max Weber es posible acceder a la construcción de significados en la esfera del sujeto. De esta forma, un enfoque de tipo interpretativo, desde la perspectiva de la intervención, implica la búsqueda de motivaciones y no de causas, mediante el reconocimiento y análisis de la multiplicidad de las primeras. Las motivaciones se relacionan con nuevas codificaciones, son productos del lazo social en tanto construcción de reciprocidades e intercambios. Así también los papeles sociales pueden ser entendidos como un lenguaje, una gramática social que depende de un grupo de sujetos determinados, donde se construyen significados. Este entendimiento requiere una necesaria reflexión alrededor de las producciones discursivas y las prácticas sociales. En otras palabras, requiere articular la acción discursiva del mundo social con la construcción social de los discursos (Chartier, 1996).

Es posible pensar que la actitud frente a lo que consideramos problema social puede ser similar a la del lingüista o el semiólogo frente al texto, en tanto necesidad de captar el significado de la acción, de las motivaciones, para definir la dirección de la intervención.

Según la escuela crítica, la ideología, las fuerzas sociales y las presiones políticas dan sentido a la acción, además de las motivaciones. Estas cuestiones también muestran la necesidad de reflexionar sobre los acontecimientos históricos que acompañaron el desarrollo de las ciencias sociales durante el siglo XX.

La irrupción del nacionalsocialismo y el fascismo, el triunfo del stalinismo, obligaron a retomar una vez más la cuestión del sujeto. Era preciso adentrarse en lo que Georges Bataille, en consonancia con W. Benjamin y los frankfurtianos, denominó felizmente como la estructura psicológica del fascismo (Álvarez Uría, 1997).

De esta forma, los científicos sociales críticos comenzaron a indagar la subjetividad, y utilizaron el psicoanálisis para construir una aproximación a lo interpretativo.

Si analizamos la lógica de fondo de las imaginativas y esclarecedoras producciones intelectuales de C. Wright Mills, E. Goffman, L. Coser y otros sociólogos críticos norteamericanos, resulta claro que tras la elite del poder, tras la conceptualización y crítica de las instituciones totales, o la diseminación por todo el cuerpo social de las instituciones voraces, lo que está en juego es no solo la negación de determinadas libertades en determinadas coyunturas específicas sino también, y sobre todo, la perpetuación del autoritarismo y del fascismo precisamente en el interior mismo de los regímenes democráticos (Álvarez Uría, 1997).

Desde el comprensivismo se altera el orden de las causalidades (los efectos pueden estar antes que las causas), por lo cual los fenómenos histórico-sociales se presentan

como complejos y se admite la gran dificultad para acceder al todo. De ahí la necesidad de captar variables relevantes, comportamientos, interrelaciones. En definitiva, acceder al mundo del otro, al modo como lo interpreta, comprende y explica. Así, el comprensivismo cambia la noción de *causalidad* por la de *conexiones causales*, que no son leyes ni enunciados generales sino lo que constituye la imputación de sentidos a la acción social en términos de Weber.

Las conexiones causales implican constelaciones individuales e históricas de causas que conducen al fenómeno como resultado. El fin ya no es el conocimiento de las causas, sino el medio que facilita el acceso a la imputación de sentidos.

A su vez, según G. Simmel, no es posible comprender la sociedad sin tener en cuenta la existencia de movimientos que separan o acercan diferentes constelaciones. Es decir, toda sociedad vive en "acto" pulsiones que alejan o acercan a grupos, personas, etcétera. La sociedad es posible a través del lazo social en tanto acción recíproca.

Además, la consistencia de los lazos sociales depende de "regiones" de significación con reglas de pertinencia, circunscriptas por las interacciones. En definitiva, no existe la sociedad sin acciones recíprocas, y esa reciprocidad lo que se constituye como desafío para la intervención en lo social. Desde esta perspectiva, se puede acceder a una visión dinámica de la sociedad que se vincula en gran parte a las características culturales.

Es posible pensar, entonces, una relación entre comunidad y cultura por fuera de parámetros estáticos. En otras palabras, la existencia de códigos y sanciones es otra fuente de mirada para la intervención en lo social. Este sistema de codificaciones abarca diferentes esferas que incluyen lo religioso, lo moral, la ley y las costumbres, mientras que las sanciones pueden ser suprasociales (provenientes de la religión), sociales, de aplicación de fuerzas o surgidas en la esfera de la cultura.

Algunas aplicaciones de la intervención en lo social

Desde una demanda construida a partir de la violencia doméstica es posible, por ejemplo, elaborar una lógica del acontecimiento que convoque la intervención, y que permita delimitar categorías de análisis enfocadas, en principio, en la explicación y la búsqueda de "conexiones causales".

De esta forma, una demanda como la mencionada puede relacionarse con la pérdida de reciprocidades e intercambios de las relaciones vinculares de los miembros afectados. Asimismo, son múltiples las motivaciones que deben ser consideradas: la emergencia del matrifocalismo (como forma de alteración de papeles y funciones en una unidad doméstica); la caída o pérdida de grandes relatos explicativos (que implican una posible construcción de nuevas esferas de explicación para cada integrante de un grupo familiar); el impacto de la crisis económica (con su carga de incertidumbre e inquietud); dificultades para re-codificar lo nuevo como incierto; la implosión de lo paterno masculino; la crisis de las instancias sociales de contención; el deterioro de los vínculos solidarios; interrogantes como: ¿la violencia puede ser una forma de lenguaje o es un fenómeno nuevo que obstruye?.

En definitiva, se presentan cuestiones que implican la necesidad de nuevas formas de aproximación a la demanda que comienza a construir la intervención. En otras palabras, se intenta una vez más una aproximación a lo social desde la búsqueda de la comprensión y explicación de los actores en el escenario de su vida cotidiana.

De este modo, los relatos que se presentan se recortan en torno a lo que cada momento histórico propone como problema social, y forman parte del núcleo significativo de ese sujeto que demanda atención; de ellos dependen la construcción real y simbólica de aquello presentado como problema.

Así, desde la intervención se derivan diferentes aproximaciones a la misma cuestión: el relato que surge de una

historia social en un hospital psiquiátrico o general, la narración de las dificultades y posibilidades organizativas de un barrio o comunidad, las necesidades sociales, etcétera.

En suma, el relato posee un plano material y uno simbólico que se manifiestan en la demanda. Esta se construye en forma histórico-social, y es la expresión de los actores sociales. Todo este proceso es mediado por una determinada modalidad de intervención y por categorías de análisis que se van construyendo en forma permanente.

La intervención en lo social se elabora entonces como un dispositivo que intenta articular lo real con lo subjetivo, a través de lo imaginario y lo simbólico. Y en esta articulación es preciso interrogarse: ¿cómo se construyen esos órdenes?, ¿cómo se actualizan?, ¿cómo se transmiten?, y especialmente, ¿cómo se mediatizan?

Una experiencia llevada adelante a través de un programa de autoconstrucción de viviendas y ayuda mutua ilustra lo que acabamos de exponer:

La información necesaria para cubrir los casilleros de la encuesta social no era suficiente para acceder a algunos componentes de la singularidad de los actores intervinientes [...] este momento no debe ser entendido en términos morales y de presentación por parte de los involucrados de mayores carencias o méritos para poder acceder al PE. Todo lo contrario. Me estoy refiriendo solamente a la necesidad de hacer presente las trayectorias personales, familiares y colectivas de esos vecinos e incorporarlas [...] al proceso de autoconstrucción de viviendas por el sistema de ayuda mutua. Para poder lograrlo era necesario aproximarse a la subjetividad de los posibles autoconstructores y comenzar a profundizar algunos de sus componentes y la cultura (Rivas, 2001).

Otra cuestión significativa de la intervención en lo social se relaciona con la recuperación de solidaridades. La noción de *solidaridad* permite repensar algunas cuestiones relevantes de la intervención, desde donde se intenta pro-

blematizar conceptos que en definitiva remiten a la idea global de solidaridad. De esta forma igualdad, identidad, pertenencia, presencia, origen, etcétera, se relacionan con la problemática de la integración, en el sentido de la refundación de solidaridades. De modo que resulta necesario dejar de lado algunos presupuestos de tipo dicotómico, como salud y enfermedad, ya que desde la perspectiva de la integración, la no dicotomía de ambos conceptos implica una forma diferente de posicionamiento frente a esos temas, vinculándolos a la historia, la singularidad y el contexto. En definitiva, la oposición entre salud y enfermedad no es más que una "construcción", al igual que otras que remiten a la separación entre sujeto y objeto, individuo y sociedad, interioridad y exterioridad, instancias que al separarse se proponen como categorías ahistóricas y asociales, ratificando una supuesta "universalidad".

Algunas veces la presencia de la demanda desde la institución o desde el "caso social" insta a pensar la intervención en términos próximos al comprensivismo. En principio, diremos que el acontecimiento que funda la intervención a partir de la demanda puede leerse desde las motivaciones que determinan el sentido de la acción. Este proceso es atravesado por pautas culturales que a veces dan cuenta de las dificultades actuales para la transmisión de códigos y experiencias, especialmente a partir de la caída de los grandes relatos contenedores. Esto puede mostrar cierto grado de complejidad en tanto se incorpora una cultura que puede ser propia. Desde esta perspectiva, la mirada desde la intervención en lo social se puede orientar en el sentido de la acción a partir de la imputación de sentidos que da forma a la demanda.

Intervenir también implica interrogarse sobre las circunstancias, construcciones o acontecimientos que se interponen entre sujeto e identidad. Tal vez el camino más relevante de la intervención consista en aproximarse a esas cuestiones a partir de una separación entre sujeto e historia en una sociedad que se presenta como fragmentada.

Félix Guattari aporta una visión interesante de las potencialidades de este dispositivo. Se pregunta:

¿Cuáles son las posibilidades de la intervención, los márgenes reales de maniobra de los maestros, los trabajadores de la salud mental, los trabajadores sociales? Para determinarlo es necesario que se superpongan discursos de diferentes órdenes y no solamente discursos de teorización general, sino también "microdiscursos" más o menos balbuceantes, en el nivel de las relaciones de la vida cotidiana [...]. El análisis consiste en articular [...], en hacer coexistir, en disponer según un principio de transversalidad, en lograr que se comuniquen transversalmente esos discursos (Guattari, 1981).

En definitiva, la intervención en lo social implica una necesaria articulación entre la subjetividad y los procesos colectivos con un horizonte predeterminado: el de la problemática de la integración. Este proceso es accesible a través de la interpretación del acontecimiento, el análisis y el registro. Por último, la intervención en lo social expresa la necesidad de una búsqueda, de una construcción, de una modalidad discursiva diferente, determinada ahora por el sujeto, por su propia palabra, por su singularidad, a la vez que recupera la importancia de los vínculos de ese sujeto con otros, buscando desde allí una resemiotización de aquello que se construyó discursivamente como hegemónico. Una alteración de la gramática que permita una nueva enunciación de lo real.